

José M. Castillo

Teología popular III

El final de Jesús y nuestro futuro

Desclée De Brouwer

Índice

Presentación	11
32. “Estaban al acecho para acabar con él”	15
33. La situación se fue agravando.	21
34. La gota que colmó el vaso	29
35. ¿Qué motivó, en definitiva, la detención de Jesús?	35
36. La cena de despedida	43
37. El sacerdote que rezaba llorando a gritos	53
38. ¿Por qué mataron a Jesús?	61
39. Jesús murió, pero no está muerto	71
40. El abogado de los cristianos	79
41. Necesitamos “otra Iglesia”	93
Conclusión	115

Presentación

En este tercer libro de *Teología popular*, como se indica en el título, vamos a intentar enterarnos de lo que dicen los evangelios sobre el final de la vida de Jesús y también sobre el futuro que nos espera a nosotros. Casi todo el mundo sabe que a Jesús lo mataron, es decir, no murió de muerte natural, sino que, al final de sus días, lo asesinaron. Y esto, ¿por qué pasó así? ¿Quién lo mató? ¿Por qué lo mataron? ¿Dio motivos Jesús para que las autoridades tomaran semejante decisión? ¿Es que Jesús se portó mal? ¿O los que se portaron mal fueron los gobernantes que lo condenaron a morir de la forma más cruel y humillante que había entonces? Esta es la primera cuestión que tenemos que aclarar. Por eso, este tercer libro pretende explicar, ante todo, “el final de Jesús”. Es decir, cómo acabó la vida de Jesús. Y también por qué acabó de aquella manera.

Pero, con responder a esta cuestión, no decimos todo lo que nos queda por decir. Porque, y después de la muerte, ¿qué pasa? ¿Se acaba todo con el último suspiro? ¿O después de *esta vida* hay *otra vida*? Y si la hay, ¿cómo puede ser esa vida? ¿Se va todo el mundo al cielo? ¿Hay gente que se va a al infierno? ¿Y si es que hay gente que se va al infierno, los desgraciados que puedan acabar allí, estarán condenados y sufriendo para siempre? Pues bien, la respuesta a estas preguntas es lo que se intenta explicar al hablar de “nuestro futuro”. ¿Damos cada día, inevitablemente, un paso más hacia la nada? ¿Terminaremos, después de la muerte, en la gloria del cielo?

¿O podemos acabar achicharrándonos para siempre en el infierno? Pero, entonces, ¿somos cristianos para ganarnos *otra vida en otro mundo*? ¿O Jesús vino a la tierra para que los seres humanos trabajemos para que *esta vida en este mundo* se nos haga a todos más humana, más soportable, más feliz, en cuanto eso es posible?

Estas preguntas nos ponen delante la segunda gran cuestión que afronta este libro. Pero aquí se debe hacer una advertencia importante. Al hablar de “esta vida” y de la “otra vida”, como dos posibilidades que los cristianos tenemos que afrontar, no se trata (como es evidente) de elegir la una o la otra. O de optar por la una o por la otra. Nuestra responsabilidad ante *esta vida* no tenemos que elegirla. Esa responsabilidad la tenemos ya. Porque no vivimos en el otro mundo. Hemos nacido en este y vivimos en este, nos guste o no nos guste, queramos o no queramos. Y si pretendemos disfrutar de este mundo, lo lógico y lo razonable es procurar que sea lo más habitable posible. Incluso lo más amable que pueda ser. Pero eso es asunto nuestro. Nadie nos lo va a dar. Lo tenemos que hacer entre todos. Los que van por la vida como “demonios” hacen de ella un “infierno”. Por el contrario, los que van por la vida como personas “amables”, hacen de esta vida un espacio humano de bondad, de respeto, de tolerancia, de amabilidad, de justicia, de cariño y hasta de ternura. ¿Es esto un ideal propio de chiquillos, de ingenuos y de inocentes? Esto depende de nosotros. Ni más ni menos que de nosotros.

Por supuesto, los que solo piensan en ellos mismos y en pasarlo lo mejor posible, como en esta vida vivimos siempre con otros, lo que sucede es que esos, los que solo piensan en sí mismos, esos son los demonios que hacen de esta vida un infierno. Porque no paran de crear complicaciones a la gente con la que conviven. Esto es horrible. Y todos lo sufrimos, a veces de manera espantosa. Los que hacen esto son los que piensan que “esta vida” no es nada más que para ellos.

PRESENTACIÓN

Pero, si mala y peligrosa es esta gente, más miedo dan los que van por la vida diciendo que lo importante para ellos es la *otra vida*. Como pánico causan los que van por ahí diciendo que lo que interesa es “lo divino”, por más que eso se tenga que conseguir a costa de sacrificar “lo humano”. De todos los que se han ido a la “otra vida”, ninguno ha vuelto para decirnos cómo es aquello. Y algo parecido ocurre cuando nos dicen que “lo divino” nos manda renunciar a “lo humano”. Por ejemplo, renunciar a los Derechos Humanos. Es evidente que cuando los curas y la gente de Iglesia dicen cosas así, lo que consiguen es que muchas personas se alejen de la religión. Por no hablar de los fanáticos que, fieles a la esencia del fanatismo, se empeñan en obligar a los demás a cambiar. Y si no cambian, en nombre de “lo divino”, se persigue “lo humano” y hasta, si es necesario, se destruye o se destroza lo más humano del mundo, incluso la vida misma.

Todo esto tiene mucho que ver con el final de la vida de Jesús como también con nuestro futuro. He aquí las dos grandes cuestiones que vamos a tratar en los temas de este libro.

32

“Estaban al acecho... para acabar con él”

La religión no se anda con tonterías. Y hay que tener cuidado con ella. Porque como quienes la dirigen están seguros de que defienden lo más divino, lo más sagrado, lo más grandioso que se puede defender, por llevar adelante semejante defensa, están dispuestos a todo: a luchar hasta morir y, por supuesto, dispuestos a torturar y matar. Las ideas grandiosas cuestan numerosos sacrificios. Ellas justifican la violencia y la desean... Las guerras se hacen en nombre de los valores más altos, y las atrocidades se cometen para glorificar a los dioses. Antiguamente, esto es lo que hacían los inquisidores. Actualmente lo hacen los talibanes. Unos y otros fueron, y son, unos terroristas. Y lo peor del asunto es que unos y otros causaron, y causan, tanto sufrimiento con la conciencia tranquila. Y con el convencimiento de que cumplieron, y cumplen, con un deber sagrado al que no se puede renunciar.

MARCOS 3, 1-6

“Entró (Jesús) de nuevo en la sinagoga y había allí un hombre con un brazo atrofiado. Estaban al acecho para ver si lo curaba en sábado y presentar una acusación contra él. Le dijo al hombre del brazo atrofiado: “Levántate y ponte en medio”

Y a ellos les preguntó: “¿Qué está permitido en sábado, hacer bien o hacer daño, salvar una vida o matar?”

Ellos guardaron silencio. Echándoles a su alrededor una mirada de ira y apenado por su obstinación, le dijo al hombre: “Extiende el brazo”.

Lo extendió y su brazo volvió a quedar normal.

Al salir de la sinagoga, los fariseos, se juntaron con los del partido de Herodes, y se pusieron enseguida a maquinarse en contra de Jesús, para acabar con él”.

Aclaraciones

El evangelio que se publicó el primero fue el de Marcos. El primero, por tanto, que relata este episodio. Y lo relata casi al comienzo de la actividad pública de Jesús, al comienzo del capítulo tercero de este evangelio. La situación, por consiguiente, se puso muy complicada para Jesús casi desde los primeros días de su tarea entre la gente. Ya entonces, los responsables religiosos más observantes (los fariseos) andaban acechándole, espiando a ver si lo pillaban en algo que diera motivo para ponerse de acuerdo con los del partido político de Herodes y quitarlo de en medio. Así de simple. Y así de peligroso estaba ya el ambiente en torno a Jesús.

Y lo curioso del caso es que Jesús no le hacía mal a nadie. Al contrario, según contó más tarde el apóstol Pedro, Jesús “pasó haciendo el bien y curando a todos” los que sufrían (Hech 10, 38). Es muy raro –y no parece que tenga explicación– el hecho de que a un hombre, que no hace sino el bien a todo el que sufre, lo quieran matar. ¿Es que, en algún caso, hacer el bien a los que sufren puede estar sentenciado con la pena de muerte?

La explicación está en la religión misma. Desde el momento en que, según determinadas creencias religiosas, “lo divino” es

más importante que “lo humano”, hay funcionarios de la religión que explican y aplican eso de forma que le meten a la gente en la cabeza el convencimiento de que los “preceptos divinos” y los “derechos divinos” dejarían de ser “divinos” si no estuvieran siempre por encima de lo que es simplemente “humano”, es decir, por encima de los “preceptos humanos” y de los “derechos humanos”. Hasta el punto de que bien puede ocurrir que “lo divino” entre en conflicto con “lo humano”. Sin ir más lejos, puede suceder que los presuntos “derechos divinos” entren en conflicto con los “derechos humanos”. Con lo cual, ya tendríamos motivos más que suficientes para que los estrictos observantes de “lo divino” anden al acecho de quienes se preocupan tanto de “lo humano” que pueden dar lugar a contradicciones y conflictos, a veces muy graves.

Por ejemplo, en tiempos de Jesús, la ley que mandaba razonablemente descansar un día a la semana (Ex 23, 12; Deut 5, 14; Gen 2, 2 s; Ex 20, 11; 31, 17), con el paso del tiempo, se fue endureciendo por causa de las interpretaciones de los doctores de la ley. Y así, los curas y teólogos de entonces fueron imponiendo prohibiciones cada vez más estrictas. Estaba prohibido preparar la comida, encender el fuego, recoger leña (Ex 16, 23; 35, 3; Num 15, 32), cosechar, ayudar a un animal o a una persona en peligro, transportar cargas, caminar más de 1.250 metros (Mt 12, 2. 11; Jn 5, 10; Hech 1, 12). Y las aplicaciones más severas fueron en aumento. Así, los hombres de la religión le fueron imponiendo a la gente obligaciones más y más pesadas. Castigando las desobediencias a la ley con torturas, humillaciones y, en no pocos casos, hasta con la pena de muerte, especialmente mediante la lapidación (Lev 24, 14; 2 Cr 24, 20-22; Mt 21, 35; 23, 37; Lc 13, 34; Jn 8, 5; Hech 7, 58 s; Heb 11, 37; 12, 20).

¿Cómo se pudo llegar a semejantes atrocidades? Se ha dicho con toda razón que las leyes las hacen los seres humanos, no los

ángeles. Y nadie hace una ley en contra de sí mismo. Ningún tonto tira piedras a su tejado. Es el rico el que con su riqueza crea al ladrón y luego hace la ley contra los ladrones y en defensa de la propiedad privada, la suya. Quien ha robado a otros es el que teme el robo. Quien tiene poder para fijar las reglas del juego establece las que le permiten ganar. No va a poner unas reglas del juego que le hagan perder (Vicente Romano). Pues esto justamente es lo que hicieron los dirigentes de la religión judía. Establecieron, como leyes dadas por Dios, las leyes que les favorecían a ellos, su poder, su autoridad, su dominio sobre la gente.

Los ídolos, los dioses, Dios (en el caso de las religiones monoteístas), exigen el reconocimiento de todos, la sumisión a todo precio. Así se forma la mentalidad sumisa, que, para que sea eficaz, debe ser compartida por la población en general. De forma que quien quebrante lo establecido, sea considerado como un subversivo, un escandaloso, un sujeto peligroso, al que hay que acechar, vigilar, denunciar y, si es necesario, se le castiga. Esto, ni más ni menos, es lo que pasó en la sinagoga aquella en la que Jesús curó a un manco en el día (el sábado) que precisamente eso estaba prohibido por los dirigentes de la religión.

PREGUNTAS

1. ¿Estamos seguros de que todo lo que manda la religión lo manda Dios? ¿No habrá cosas que, más bien, quienes las mandan son los que se presentan como “representantes de Dios”?
2. ¿Crees que “lo divino” puede entrar en conflicto con “lo humano”?
3. ¿No te parece que Dios no puede estar en desacuerdo con “lo humano”, sino con “lo in-humano” que hay en este mundo y en cada uno de nosotros?
4. ¿Piensas que, a veces, las religiones mandan o prohíben cosas que no sólo van contra “lo in-humano”, sino también contra “lo humano” que hay en nosotros?
5. ¿Por qué los fariseos “estaban al acecho”, espionando la conducta de Jesús?
6. ¿Por qué salieron de la sinagoga con la decisión de acabar con Jesús, o sea, con el proyecto de matarlo?